

vicios sensuales en todas las provincias, menos en Oriente, donde en materia de corrupcion nada tenian que aprender de Roma.

Un efecto mas agradable produjo el espíritu romano en el punto á donde habia llegado, y fué la afición á viajar, no solamente con fines mercantiles sino con objeto de ver y aprender, para satisfacción propia ó para estudiar los recursos, las necesidades y la administracion de los diferentes países, y poder en vista del resultado utilizar los unos, satisfacer las otras y adaptar y mejorar la última. Esto hizo el emperador Adriano, que ciertamente debió de conocer el imperio y sus condiciones mejor que ningun otro. Los países que mas excitaban la curiosidad del viajero romano fueron los históricos, á saber, los de Levante, la Grecia, el Asia Menor y el Egipto, á donde no solamente le atraian los recuerdos antiguos y las obras de arte, sino tambien los innumerables restos y sitios verdaderos ó imaginarios de sucesos históricos, legendarios y míticos de todas las épocas, hasta las mas primitivas. Abundaban especialmente las reliquias de toda clase de Alejandro Magno, el héroe que mas admiraban los romanos entonces. Los griegos del siglo II aun ganaban á los romanos en su afán de viajar, aunque no fuese sino para contar despues maravillas de lo que habian visto. Para satisfacer su capricho emprendian los viajes mas peligrosos al Norte de Inglaterra, á la Arabia y hasta á la India. Esta afición contagiò tambien á individuos de otros pueblos romanizados, pero principalmente á los de Levante, para los cuales el mayor placer era ver la Grecia y grecizarse, sobre todo desde que las escuelas de Atenas volvieron á cobrar fama. Para los pueblos del Norte y del Oeste era Roma el iman mas poderoso.

El lujo creciente se manifestaba tambien en las exequias. El consumo de perfumes é inciensos en los entierros y cremaciones de cadáveres excedia de toda ponderacion, y el adorno de las piras en que se quemaban no solamente los cadáveres de los emperadores sino tambien los de otras personas opulentas, representaba un valor increíble, por la multitud de objetos de lujo que se quemaban con el muerto ó que se colocaban junto á él, en el sepulcro, si se le enterraba. A estos gastos se agregaban los de la adquisicion de las urnas en que se conservaban las cenizas del difunto, ó de los sarcófagos de piedra rara y de precio elevado, pues se usaban hasta de vidrio, sustancia carísima entonces. Además se introdujo la costumbre, sobre todo en la capital, de interesar en estas ceremonias fúnebres al pueblo con regalos, á veces en dinero, representaciones teatrales y combates de gladiadores, que andando el tiempo fueron substituidos por distribuciones de dinero al público. Así se sabe que en la pequeña poblacion de Gabio, en el Lacio, un comerciante en sedas, en el año 169 de nuestra era, con ocasion de consagrar á los despojos mortales de su hija un templo funerario, repartió á cada ciudadano de primera clase de su pueblo cinco denarios, á cada uno de segunda clase, dos, y á cada dueño de tienda abierta en el interior de la ciudad un denario, y además depositó en la caja municipal 100,000 sesteracios (unas 27,200 pesetas) para sufragar con los intereses de cada año, el día del nacimiento de su hija, los gastos de una comida á las personas mas notables de las dos primeras clases. Fundaciones análogas habia muchas. La tendencia de erigir sepulcros suntuosos á muertos queridos, era otro motivo de lujo en Roma, en Italia y en las provincias. En Pompeya se ha descubierto un monumento de este género que debió de ser importante, á manera de templo construido sobre una base elevada. El templo funerario de la hija del mercader de sedas de Gabio ostentaba en su interior la estatua de bronce de la difunta, figurando la diosa Vénus, y cuatro estatuas mas co-

locadas en nichos ú hornacinas provistas de puertas, además de un altar de bronce y otros adornos para el culto de la difunta. Monumentos análogos se han descubierto tambien en las provincias del imperio, como la columna en el pueblo de Igel, en el distrito de Tréveris, de que hablamos en otra parte. En Francia existe una soberbia base cilíndrica en Aix que sostenia un templo funerario; otro semejante habia en Saint-Remy; otro octogonal, llamado la Torre Magna, en Nîmes; la llamada *aguja* en Vienne, en forma de pirámide, y restos imponentes de otro templo dedicado á un romano opulento en Langres. En Palestina, al Este del Jordán, existen muchas torres cuadradas, monumentos funerarios romanos que hoy sirven de palomares. En Africa hay otro monumento funerario en Lambesa, erigido en honor de Tito Flavio Máximo, jefe que fué de la legion III. La obra arquitectónica romana mas meridional, situada ya en el desierto, cerca de Cherma la Vieja, es igualmente un monumento funerario.

Si en los sepulcros gastaban tanto lujo los romanos, era muy natural que sus moradas de recreo, las quintas y los jardines anexos lo ostentasen en escala mucho mayor. Allí acumulaban todos los objetos y todos los recursos de arte que podian: perspectivas, lagos, canales, juegos de agua, estanques, criaderos de peces, pajareras, cercados para gamos y otra caza, terraplenes, plazas y alamedas, con setos vivos cortados á manera de tapias y árboles de las formas artificiales mas fantásticas.

No descuidaron tampoco las obras de utilidad general, y en primer lugar el suministro abundante de aguas potables, y sus acueductos monumentales son aun hoy la admiracion del mundo. Roma recibia á fines del siglo I, diariamente, un millon y medio de metros cúbicos de agua, y esta cantidad fué aumentada por nuevos acueductos en el siglo III. El agua era conducida ya por debajo tierra, en canales abiertos en la peña ó construidos de cal y canto, ya pasando sobre arcos y por vastos depósitos, ya finalmente por cañerías de barro ó tubos de plomo á los puntos de consumo. Disposiciones severas prohibian la plantacion de árboles dentro de determinadas distancias, segun la especie de los acueductos, y todo cuanto podia ensuciar el agua ó dañar á la conduccion.

Tanta abundancia de agua facilitó el establecimiento de baños magníficos, y en particular de las famosas termas, cuyas ruinas asombran por su grandeza. Los que visitaban estos baños se reunian por lo regular en una plaza con soporales en uno ó mas lados y situada en un vasto y ameno paraje. De esta plaza se pasaba á otro espacio cubierto con una cúpula, donde habia asientos de piedra; de allí una galería conducia á otra estancia, donde se desnudaban los bañistas para pasar á otra, donde habia un estanque cuya agua fria se renovaba sin cesar. El que queria pasaba á otra habitacion con estanque de agua tibia, contigua á otra con baño de agua caliente, que tenia una separacion para sudar y lavarse despues con agua fria. Se calentaba el agua en estufas ó caloríferos y conductos á propósito; debajo de los techos habia aberturas para la ventilacion; habia tambien estancias para unirse el cuerpo con pomadas y aceites, cuartos de baños sueltos, cuyo número llegaba á 3,000 en las termas de Diocleciano; bibliotecas, y casi siempre espacios para reuniones, para ejercicios gimnásticos, para paseos y hasta para ofrecer sacrificios á Vénus afrodita.

A esta refinada altura se mantuvo la civilizacion romana ó greco-romana durante muchas generaciones todavía; pero en materia de artes y literatura alcanzó y llegó á su grado máximo á mediados del siglo II, y desde entonces fueron declinando el arte griego y romano, y la literatura, por lo menos la latina, para no levantarse mas. El reinado de Adriano, en que por el poderoso impulso de este gran emperador

recibieron nueva savia la arquitectura y la escultura, vió el último resplandor del arte antiguo, y aun así no llegaron las obras de este tiempo á la altura de las de la época de Augusto. En las obras del siglo I nótese ya la tendencia á las dimensiones colosales, á aprovechar el material costoso aumentando el trabajo y apartándose de la graciosa é imponente sencillez de las obras clásicas. Los peritos en la materia pretenden ver una ligera decadencia en las obras de escultura posteriores á los relieves del arco de Tito, tanto en los relieves como en las estatuas de ornamento, y mucho mas en los bustos y estatuas destinados á representar á los emperadores. Si se observa en las creaciones artísticas del reinado de Adriano un renacimiento de las tradiciones clásicas griegas, se debe á la influencia de este emperador y á su empeño en purgar el arte de los vicios que habia ido admitiendo, y en vivificarlo con los ejemplos del buen tiempo antiguo, si bien algunos inteligentes modernos pretenden que con su celo por volver el arte á la senda clásica y con la introduccion de obras orientales perjudicó mas que favoreció el desarrollo del arte romano.

En el ramo de pintura habia tomado gran incremento la decorativa de habitaciones, cuyo carácter y estado nos han revelado las existentes en las ruinas de Pompeya, que son en general de la época de Claudio. Sus asuntos consisten en su mayor parte en representaciones de edificios de arquitectura ligerísima y fantástica, con columnitas delgadas como cañas, casitas como glorietas, tejados extravagantes, siempre mas ó menos en perspectiva, con profusion de guirnaldas; todo intercalado con figuras aéreas, danzantes báquicos, animales imposibles, instrumentos de música, paisajes, escenas de caza y de teatro, y follaje, con abundancia de pájaros. En algunas paredes las figuras de fondo son de estuco en relieve y se armonizan muy bien con la pintura. El carácter de esta pintura es en general alegre, airoso, y trae recuerdos de los placeres de la danza, del amor ó de la mesa.

En cuanto á la arquitectura práctica, en el siglo II las obras de ladrillo y mampostería llegaron á su mayor perfeccion; los ladrillos estaban muy bien hechos, bien cocidos, bien ajustados; las capas perfectamente horizontales, y la mezcla era buena y se aplicaba en capas delgadas é iguales. Esta perfeccion y el gusto artístico empezaron á declinar desde el reinado de Marco Aurelio, aunque no declinó al mismo tiempo la energía del genio romano.

La decadencia fué mas acelerada en la literatura. Mucho despues del reinado de Neron continuó la literatura romana dando pruebas de una grande actividad en los mas diversos ramos, movida por un espíritu de reaccion enérgica contra la ampulosidad y complicada retórica del período nerónico precedente. Representa la transicion de este período al llamado flavio, no tanto por su mérito literario como por su posicion social influyente, Cayo Plinio Secundo, conocido generalmente por Plinio el Mayor, el autor mas laborioso y mas fecundo de su siglo. Habia nacido el año 23 de nuestra era en Novocomo (Como). Hizo sus estudios en Roma, donde abrió su bufete de abogado; y al cabo de cierto tiempo, en el año 47, entró al servicio del Estado. En tiempo de Corbulon mandó un cuerpo de caballería en el país del Rhin; despues fué procurador del cisco en la provincia Narbonense; en el año 67 desempeñó el mismo empleo en la España septentrional y despues fué administrador de rentas del fisco en Italia, en tiempo de Vespasiano, al cual era profundamente adicto, portándose en todas partes con una integridad intachable. Finalmente fué nombrado almirante de la escuadra estacionada junto al cabo Miseno y allí pereció, llorado de todos, á los cincuenta y seis años de edad, en la horrorosa erupcion del Vesubio que comenzó el 24 de agos-

to del año 79 de nuestra era. Naturalista instruido y perseverante, perito en muchos ramos, trabajador incansable, adquirió una celebridad imperecedera como autor militar y tambien como historiador, gramático, retórico y naturalista. Procuraba cautivar á sus lectores menos con las bellas formas literarias que con la masa de conocimientos, como paciente coleccionador de observaciones y datos y como hombre ávido de ciencia. Entre sus obras, la mas apreciada por sus coetáneos y la mas utilizada por los historiadores posteriores es la historia de su tiempo, en treinta y un libros, continuacion de la obra de Ausidio Baso, es decir, que abarcaba el período transcurrido desde el reinado de Neron hasta los emperadores de la familia Flavia. En esta obra los que la conocieron elogiaban la conciencia y escrupulosidad con que Plinio habia consultado las fuentes, examinado las relaciones diversas y los juicios divergentes, hasta el punto de no decidirse á veces por opinion ninguna. De las muchas obras de Plinio solo ha llegado á nosotros su *Historia Natural*, gran enciclopedia en treinta y siete libros que dedicó en el año 77 de nuestra era al emperador Tito, pero que fué continuamente completando y enmendando, y para la cual consultó unas dos mil obras de algunos centenares de autores; de suerte que esta historia natural contiene todo cuanto en aquella época sabia el mundo en materia de geografia, zoología, botánica, mineralogía, y muchos datos de la medicina é historia del arte. Claro es que un trabajo tan enorme, hecho por un solo hombre, ha de resentirse en muchas partes del apresuramiento, del deseo enérgico de no eternizar la publicacion, de la insuficiente pericia del autor y de su crítica á veces equivocada. Pero en el mismo imperio romano, y mucho mas en la Edad media, fué esta obra una fuente inagotable de ciencia positiva, y lo es todavía para ilustrarnos sobre la parte científica de la vida antigua. Como producto literario es en muchas partes árido y prosaico; pero allí donde la materia se presta á ello, es el estilo pulido, elegante y amanerado á la moda de la época.

Entre los muchos prosistas del período flavio citaremos tambien al cónsul y orador M. Cluvio Rufo, el cual escribió una obra histórica que trataba de la época de Neron y de los sucesos del año 69. Esta historia parece haber influido mucho en las obras posteriores del mismo género. De otros escritores juristas y retóricos, apenas se han conservado los nombres, por lo cual pasaremos al prosista mas notable del reinado de Domiciano, el ya mencionado M. Fabio Quintiliano, uno de los españoles neo-romanos que mas influencia ejercieron sobre la literatura de la época de los primeros emperadores. Nació entre los años 35 y 42 de nuestra era en Calahorra, en España; recibió su educacion científica en Roma, donde su padre enseñaba la retórica; despues regresó por algun tiempo á España, desde donde volvió en el año 68 á Roma con el nuevo emperador Galba. En Roma abrió una escuela de elocuencia concurrenciada que dirigió durante veinte años. Empezó á publicar obras muy tarde, tratando en la primera de las causas de la decadencia de la oratoria. Posteriormente al año 90 publicó sus *Instituciones Oratorias*, tratado de retórica en doce libros, y estando ocupado todavía en la redaccion de esta obra, nombróle el emperador Domiciano ayo de los nietos de su hermana. Esta nueva posicion no dejó de influir en la independencia de criterio de Quintiliano, cuyo carácter bondadoso de suyo, leal y agracedido, no podia menos de hacerle mirar con parcialidad al emperador, que además le habia agraciado con el consulado. De aqui las alabanzas que le tributó en su obra, alabanzas que por lo demás eran en cada reinado cosa acostumbrada de todos los autores.

En sus obras ataca Quintiliano (que al parecer murió

antes del año 97) el estilo literario encumbrado popularizado por Séneca. Como hombre de gusto y fino tacto, abogó con energía y gran éxito por la vuelta al estilo de los grandes clásicos, en especial al de Cicerón, sin que por esto aconsejase imitarlos servilmente ni rehabilitar construcciones, formas gramaticales y vocablos anticuados. Además inculcó la idea, que había sostenido en su tiempo Cicerón, de que para ser buen orador era indispensable una instrucción vasta y general.

Mucho se escribió entonces, ya en prosa, ya en verso, estando otra vez muy en auge la recitación y la oratoria; pero los productos de tanta fecundidad se perdieron, y apenas han llegado hasta nosotros algunos nombres de tantos y tan famosos y aplaudidos oradores del foro y del Senado, y de los muchos y notables gramáticos y juristas que en aquella época florecieron. De la gran masa de prosistas de este período y del siguiente se destacan solo tres autores: el eminente ingeniero y táctico Sexto Julio Frontino, que vivió desde el año 40 hasta el 103, Plinio el Menor y Tácito. Cayo Plinio Cecilio Secundo, sobrino e hijo adoptivo del almirante de la escuadra del Miseno, nació por los años 61 ó 62 en Novocomo. Hijo de familia opulenta, muy relacionada con los emperadores Nerva y Trajano, pudo seguir la carrera de funcionario de Estado, que era la de los hijos de las familias nobles y distinguidas. En el año 93 ó 94, reinando Domiciano, fué pretor,preciadísimo en el tribunal de los ciento, especialmente en asuntos criminales. Después en el año 100, siendo emperador Trajano, fué nombrado cónsul, desde 111 hasta 113 gobernador general extraordinario de Bitinia, y murió poco tiempo después, joven todavía. En el reinado de Nerva empezó la publicación de sus obras con la de sus discursos, de los cuales se ha conservado el panegírico de Trajano que pronunció entre el 1.º y el 18 de setiembre del año 100 en el Senado, como muestra de gratitud por su elevación al consulado. Se han conservado también muchas cartas suyas distribuidas en 9 libros y escritas para ser publicadas, como lo fueron entre los años 97 y 108. A estas cartas se agrega su correspondencia con Trajano. El estilo de Plinio, discípulo de Cicerón y de Quintiliano, es fácil, hábil y pulido, y juzgando por sus escritos al hombre, parece Plinio el Menor persona benévola, de intenciones buenas y elevadas, pero no de grandeza de alma. Por su sensibilidad, blandura y deseo de ser alabado se parece á Cicerón, porque en sus cartas se complace en presentarse como esposo cariñoso, amigo fiel, amo humano de sus esclavos, ciudadano modelo y fomentador liberal de todo lo útil. Esta debilidad no impide que admiremos en Plinio las cualidades que hacen de él una de las figuras más simpáticas de su época.

P. Cornelio Tácito es el último gran historiador que produjo el mundo romano en este período de su existencia. Poco sabemos de su vida, pero sí que fué hijo de una familia distinguida de Roma, donde nació al parecer el año 54. Supónese que su padre era procurador (director de hacienda) imperial en la provincia de Bélgica. Fué educado en Roma á la manera de su época y de su clase, basándose la instrucción en la filosofía, en las letras y sobre todo en la elocuencia. Quizá fué su maestro el mismo Quintiliano, y acabados sus estudios dedicóse, como todos los hijos de las casas principales, al servicio del Estado. Por el año 79, si no antes, era cuestor, y por el año 81 edil. Hasta el año 88 no fué pretor, y en 89 obtuvo el consulado. No se sabe el año de su muerte; acaso vivía todavía en 117 y en el principio del reinado de Adriano, pero no cuando este emperador restituyó á los partos los territorios conquistados por Trajano.

Las obras literarias que han inmortalizado el nombre de Tácito fueron escritas por este en el último período de su

vida, cuando no ocupaban ya su tiempo y atención los cargos políticos, militares ni del foro. Solo el *Diálogo sobre los oradores*, en que trata de las causas de la decadencia de la oratoria romana, fué escrito probablemente antes de este tiempo, en la primera mitad del reinado de Domiciano. Empezó sus obras históricas cuando la muerte de Domiciano hubo librado á la sociedad romana del peso terrible que tenía condenada al silencio toda manifestación de la moral ultrajada y de la inteligencia independiente. Publicó la biografía de su suegro, el eminente estadista y general victorioso Agrícola, en el primer tiempo del reinado de Trajano, en el año 98, y en el mismo año la obra sobre la Germania, tan preciosa para el conocimiento de las tribus de esta raza, si bien se sabe hoy que la escribió con la tendencia de criticar la corrupción e inmoralidad romanas, haciéndolas contrastar con las virtudes sencillas y primitivas de los germanos de su tiempo. Sus obras principales son sus *Historias* y los *Anales*. Las primeras tratan de la época que medió desde el 1.º de enero del año 69 hasta la muerte de Domiciano, y los últimos describen la historia del imperio desde la muerte de Augusto hasta el fin del año 68. Ambas obras fueron publicadas en el último período del reinado de Trajano.

Como historiador y censor político y moral de los emperadores de los primeros siglos de nuestra era, ha sido tenido Tácito hasta nuestros días por autoridad indiscutible, que muy pocos críticos sagaces e independientes (entre ellos Napoleón I) se atrevieron á atacar; pero desde que la ciencia moderna ha tenido en cuenta que hasta los más grandes historiadores de todas las épocas son y eran hombres criados y educados en las condiciones que les rodeaban y que forzadamente participan los antiguos como los modernos de las opiniones, preocupaciones, pasiones, simpatías y antipatías, intereses y preferencias de su país y de su tiempo; desde que por otra parte (á excepción de muchos escritores franceses y suizos) ha variado generalmente en gran manera el juicio histórico sobre los méritos del imperio, y los de cada emperador en particular, ha variado también la opinión formada acerca de Tácito. Su carácter como hombre político, según se manifiesta en sus obras, ha sido atacado duramente, á veces apasionadamente, empujándose hasta con desden, mientras, como puede suponerse, no le han faltado tampoco defensores celosísimos. En nuestra opinión Tácito, no obstante las debilidades y los defectos que con más ó menos fundamento se le atribuyen, principalmente por sus *Anales*, era uno de aquellos romanos más nobles y de intenciones elevadas y puras que nunca faltaron ni en las épocas de mayor corrupción en los últimos tiempos de la república y durante el imperio, como lo prueban los emperadores Decio y Valeriano en el siglo III. No siendo ninguno de aquellos géneos rarísimos que abren nuevos caminos y horizontes á las ciencias, juzgaba y escribía como romano educado en la historia y las tradiciones seculares de su raza conquistadora, y para quien las demás, y hasta las provincias asimiladas, no figuraban sino á modo de comparsas pasivas ó mudas en la historia de Roma y del pueblo romano propiamente dicho. Aun así, distínguese Tácito ventajosamente de los historiadores bizantinos, cuya mirada no se extendía por lo general más allá de Constantinopla, de su llanura y de su puerto.

Así como debemos tener presente que el juicio de la historia romana, bajo el punto de vista de la suerte de las provincias, es el resultado de los estudios del siglo XIX, y que el gran genio de Adriano fué el primero entre los emperadores romanos que trató á los habitantes de las provincias como ciudadanos iguales á los de Roma y de Italia, tampoco debemos olvidar que Tácito fué el primer historiador recto y leal que procuró ante todo mostrarse verídico y justo. Cierta

que las investigaciones críticas de los antiguos, á excepción algunas veces de Polibio, no eran lo que la práctica y el saber de los modernos hubieran exigido; pero la tendencia del gran historiador va resueltamente á penetrar en el fondo verdadero del cuadro sombrío del antiguo imperio, aun cuando nosotros, como lo demuestra esta narración, vengamos con sus mismos materiales á llegar á veces á distintos resultados que Tácito. En efecto, no siempre, en opinión de los modernos, ha juzgado el gran historiador con exactitud y verdad á los hombres del imperio. Por ejemplo, ninguna parte de su pintura psicológica ha sido tan fuertemente atacada como la que se refiere al emperador Tiberio; y sin embargo, es facilísimo de comprender. Tácito no podía librarse enteramente de la impresión de la opinión pública, bajo la cual había vivido desde su juventud. Personalmente había

admitido la necesidad del imperio, sobre todo después de la muerte de Domiciano, en cuya época se restableció y duró muchos años la paz entre el Senado y la corte imperial. Pero si su claro entendimiento le contenía, todavía al hacer la oposición á Nerón dirigía un triste recuerdo al pasado republicano y á sus ideales, y al fijarse en la corrupción y en la disolución interna de las altas clases romanas, su corazón estaba con hombres como Cremucio Cordo y Traseas Peto. Las crueldades que precedieron á los horrores del sangriento terrorismo de algunos emperadores, y su profundo y sincero sentido moral, así como su odio antiguo á la degeneración de las familias Julia y Claudia, le hicieron recargar con los más fuertes colores el cuadro que ya en los círculos de la aristocracia senatorial había pintado acerca de hombres como Tiberio, y le obligaron á pasar ligeramente sobre



Bajo-relieve.—Bestiarios ó luchadores con fieras, generalmente criminales, cristianos ó prisioneros de guerra condenados á morir de esta manera para diversion del público. Las fieras llevan las cinchas y collarines con que se las sujetaba, por medio de una cadena ó cuerda gruesa, en sus jaulas del circo. En el fondo se ve el teatro de Marcelo

particularidades y circunstancias que hoy nos hacen mirar con más benevolencia varios de estos emperadores siniestros.

El estilo de Tácito es enteramente individual, rico en pensamientos, adornado de todas las galas de la lengua de su tiempo, pero muy conciso, especialmente en los *Anales*. Era Tácito maestro en la descripción de caracteres, en su análisis psicológico y en la pintura de escenas conmovedoras, ya terroríficas, ya alegres y deslumbrantes, á cada una de las cuales sabía dar su especial colorido.

Al fin del reinado de Trajano empiezan á manifestarse en la prosa romana, muy cultivada entonces, síntomas de decrepitud, por lo menos entre los romanos de Italia. La incapacidad de crear obras originales, la facilidad de dejarse influir por elementos extraños, la carencia de buen gusto, la mezcla de estilos, la tendencia á valerse de extravagancias y rarezas, y la creciente erudición, unida al deseo de facilitarla á las nuevas generaciones, publicando extractos de los tesoros intelectuales contenidos en las obras más antiguas, prefiriendo sobre todo las de los gramáticos, los oradores y en general los autores griegos, son los rasgos más característicos que presentan las obras de los prosistas de la época indicada. Al propio tiempo extendióse el uso del griego, tanto que muchos escritores se sirvieron indiferentemente

de este idioma y del latino, y aumentándose el número de literatos en las provincias, se manifestó en sus obras el genio local. Así la literatura latina itálica se distingue por su carácter especial de la latina del Norte de Africa, en la cual se advierte cierto matiz semítico.

Esta observación, sin embargo, no es aplicable á la literatura científica, especialmente á la jurisprudencia, cuyos tratadistas siguieron una senda independiente, y basándose en las tradiciones pasadas, fueron completando, ensanchando y nacionalizando la ciencia con notable sagacidad y talento, descollando también por su lenguaje más correcto.

De los muchos autores que siguieron á los de la época de Trajano, citaremos aquí los más interesantes. En el ramo de historia llegó la literatura latina á su mayor grado de esplendor con las obras de Tácito, grado al cual ninguna de las posteriores pudo llegar ni de lejos. Cayo Suetonio Tranquilo, que vivió aproximadamente desde el año 75 hasta el 160, fué en tiempo de Trajano abogado y en el de su sucesor secretario imperial durante algún tiempo. Empleó sus ocios en estos dos períodos de su vida en trabajos literarios, históricos, de costumbres, filosóficos y de ciencias naturales, sirviéndose ya del idioma griego, ya del suyo propio. De las pocas obras que se han conservado entre las que escribió,